

1

—Pues naturalmente que fue un hombre encantador. Una persona deliciosa. ¿Quién lo ha puesto en duda alguna vez? En cambio, no fue un gran mago.

—¿En qué criterio se basa usted para decir tal cosa?

—En el mío, ¿en cuál va a ser?

—¿Usted se considera un mago más grande que Robert-Houdin?

—Sin lugar a dudas. Él fue un estupendo ilusionista, pero ¿qué viene a ser eso? Es un hombre que depende de un montón de artefactos, de utensilios mecánicos, de mecanismos de relojería, de engranajes y relojes y cosas por el estilo. ¿No llevamos ya una semana trabajando con toda esa morralla? ¿Y quién lo ha hecho? ¿Quién ha sabido reproducir ese *Pâtissier du Palais-Royal* con el que nos hemos pasado todo el día a cuestras? Yo. Yo soy el único hombre en el mundo entero que es capaz de hacer una cosa así. Cuanto más a fondo lo conozco, más desprecio me merece.

—¡Pero si es una delicia! Cuando el pequeño pastelero sale con los bombones, los pasteles, los cruasanes, las copas de oporto y de marsala, todo ante una sola voz de mando, ¡casi me dan ganas de llorar de gusto! ¡Es el recuerdo más conmovedor que existe del espíritu de la época de Luis Felipe! Y usted reconoce

10 ROBERTSON DAVIES

que lo ha sabido reproducir precisamente tal como lo hizo en su día, por primera vez, Robert-Houdin. Si él no fue un gran mago, ¿qué es un gran mago en su opinión, dígame?

—Un gran mago es alguien capaz de plantarse en pelota picada delante de la multitud y tener a todos boquiabiertos durante una hora mientras manipula unas cuantas monedas, unas cartas o unas bolas de billar. Yo sé hacer eso, y sé hacerlo mejor que nadie, ya sea hoy en día o a lo largo de la historia. Por eso estoy hasta la coronilla de Robert-Houdin y de su Pastelería portentosa y de su Ponchera inagotable y de su Naranja milagroso y de toda esa morralla de engranajes y mecanismos, palancas y sandeces.

—Pero tiene previsto terminar la película, claro...

—Evidentemente. He firmado un contrato. Jamás he incumplido un contrato, nunca en toda mi vida. Soy un profesional. Pero estoy hartado. Lo que me está pidiendo usted que haga es como pedirle a Rubinstein que toque la pianola. Si se tiene el aparato en cuestión, cualquiera podrá tocarlo.

—Sabe usted perfectamente que le pedimos que interviniera en esta película porque lisa y llanamente es usted el mayor y más grande mago del mundo, el mayor mago de todos los tiempos, si lo prefiere. Y eso da un tremendo valor añadido a nuestra película.

—Hacía muchísimos años que no me llamaban «valor añadido».

—Permítame terminar, por favor. Estamos presentando a un gran mago de hoy en día, que hace los honores a un gran mago del pasado. Al público le va a encantar.

—Pero a mí me deja en desventaja. En mal lugar.

—Ni muchísimo menos. Piense en el público. Después de que se pase la película en la BBC, aparecerá en una de las grandes cadenas estadounidenses... Los acuerdos ya están casi cerrados. Y luego se podrá ver en el mundo entero. Piense en

cómo la recibirán en Francia sin ir más lejos, un país en el que sigue habiendo un gran culto de la figura de Robert-Houdin. El público que la vea podrá contarse por millones. ¿De veras eso le produce indiferencia?

—Eso tan sólo es muestra del concepto que tiene usted de la magia, y de lo mucho que sabe de eso. A mí ya me han visto en el mundo entero. Quiero decir que ya me han visto todos. La calidad incomparable de mis actuaciones la han percibido públicos con los cuales he llegado a tener una relación inigualable. Y eso no se puede hacer en televisión.

—Pues eso es precisamente lo que yo aspiro a hacer. No lo digo por fanfarronería. Es posible que esta noche ya hayamos alardeado más de la cuenta, pero quiero que sepa que, como cineasta, no soy un desconocido. Puedo asegurarle sin falsa modestia que en lo mío soy tan famoso como usted en lo suyo. Yo también soy un mago, y no precisamente uno de andar por casa...

—Si mi trabajo es de andar por casa, ¿para qué necesitan ustedes mi ayuda? El cine... Sí, sí, por descontado. Hoy ya es lugar común decir que se trata de un arte, tal como en tiempos se decía que los complicados juguetes automáticos de Robert-Houdin eran un arte. A la gente siempre le ha entusiasmado los mecanismos ingeniosos que den la impresión de estar vivos. Pero... ¿usted recuerda lo que dijo del cine aquel actorcito de la película de Noel Coward? «El cine es una fotografía hortera», eso dijo.

—Vamos, por favor. Seamos sensatos...

—De acuerdo, no insistiré en que sea una hortera, pero no me negará que es una fotografía, ¿de acuerdo? Hay algo que falta y usted sabe perfectamente qué es: esa empatía inexplicable, pero perfecta y bellísimamente controlada, que se produce entre el artista y su público. El cine no le llega a la pianola ni a la altura del manubrio: al menos en la pianola se puede añá-

12 ROBERTSON DAVIES

dir un toque personal, darle más o menos velocidad, más o menos volumen, según se desee.

—El cine es como la pintura, que también es algo inmutable, en la que cada espectador aporta su sensibilidad personal, su respuesta única e irrepetible al lienzo ya acabado. Como sucede cuando se ve una película.

—¿Y quienes son sus telespectadores? Gente de lo más variopinta. Borrachos y sobrios, atentos o sumidos en ese estupor profundo del que se hurga la nariz con el dedo. Con esa concentración del que recibe algo a cambio de nada. Yo estoy acostumbrado a un público que acude a verme porque quiere verme y que, además, paga por verme. En sólo cinco minutos he logrado que estén más atentos que en toda su vida. Y no puedo garantizar que eso me salga igual por televisión. No puedo ver a mi público, y lo que no veo no lo domino. Y lo que no domino no lo puedo encantar, ni puedo ganármelo, no puedo hacer al espectador partícipe de su propia ilusión.

—Tiene que comprender que es precisamente ahí donde interviene mi arte. Yo soy su público, yo contengo en mí a esos millones de espectadores de los que hablamos. Si usted me satisface a mí, usted los satisface a todos ellos. ¿Por qué? Porque les doy mi inteligencia y mi sensibilidad, porque los pongo a mi nivel. ¿O no es algo que ya he demostrado en más de una docena de películas que a juicio de todos son obras maestras? Ése es mi don, ése es mi arte. Confíe en mí. Eso es todo lo que le pido. Confíe en mí.